

les de los siglos XV y XVI, en realidad pequeños castillos con su torre defensiva, aunque los hay hasta con cinco baluartes.

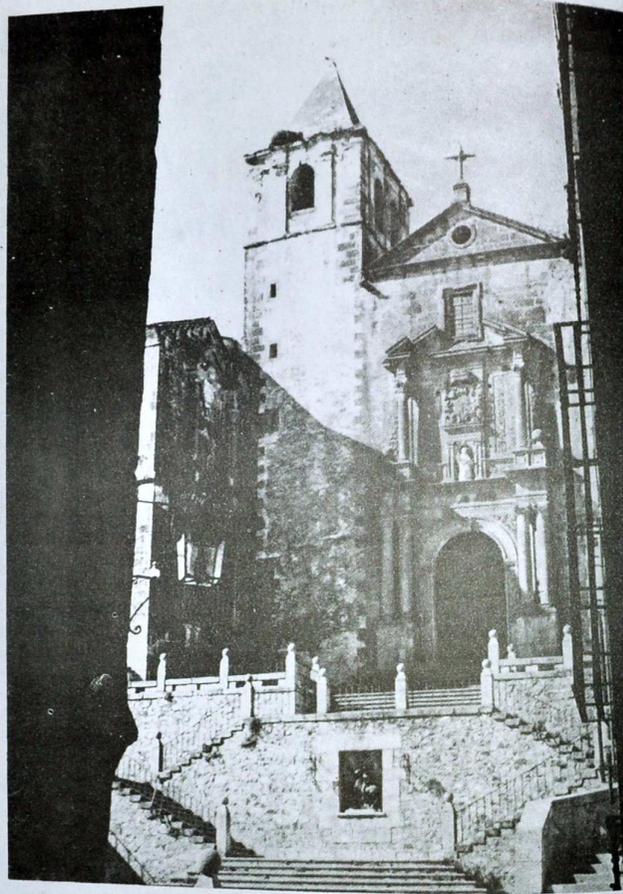
No son ni dos ni tres, ni una docena; es una ciudad. Se suceden los unos a los otros.

El visitante se sorprende. "¿Es posible?", es su interrogación constante. Si una plazuela es armoniosa, la próxima lo será más. En todo el recorrido la admiración será su compañera y tendrá la sensación de irrealidad, como de dulce pesadilla. No hay énfasis en estas afirmaciones. El que dude, que venga y lo compruebe. Fachadas de sobrio alfiz, balcones esquinados, una colección-heráldica única —del sencillo blasón del siglo XV al barroco del XVIII—, sin olvidar las tarjas germánicas y borgoñonas del XVI. Y por todas partes, rompiendo la sencillez de los sillares, la ventana mudéjar, de doble arquería túmida y parteluz de alabastro. El aljibe del palacio-museo de Las Veletas, por sí solo, justifica una visita a Cáceres. Monumento almohade del siglo XI, es único en España. Su rival, en el mundo, la Yerebatan Sarayi, de Estambul, pero esta cisterna tiene aditamentos y reconstrucciones. Es una experiencia inolvidable bajar al aljibe por una estrecha pasarela y ver rielar leves luces amarillas en sus aguas negras.

Recorrer el Barrio Viejo cacereño, adentrarse en sus callejas medievales, respirar el fresco hábito de sus patios renacentistas, donde la columna toscana de basa ática nos trae recuerdos de las loggias florentinas, es una sensación imborrable. Cuando después de varias horas de vivir en un mundo recóndito, vuelve al siglo XX con sus estridencias, el turista lanza su última mirada a la acrópolis cacereña, inundados ahora sus chapiles y almenajes por un sol mortecino que dora sus piedras y sólo acierta a musitar la frase grabada en su conciencia: ¿Es posible?

GUADALUPE

En el límite sureste de la provincia, en la abrupta comarca de las Villuercas, el Monasterio de



Guadalupe, es otra de nuestras razones turísticas.

Aquí el turismo se conjuga con el fervor religioso; incluso para un agnóstico visitar Guadalupe es una experiencia interesante.

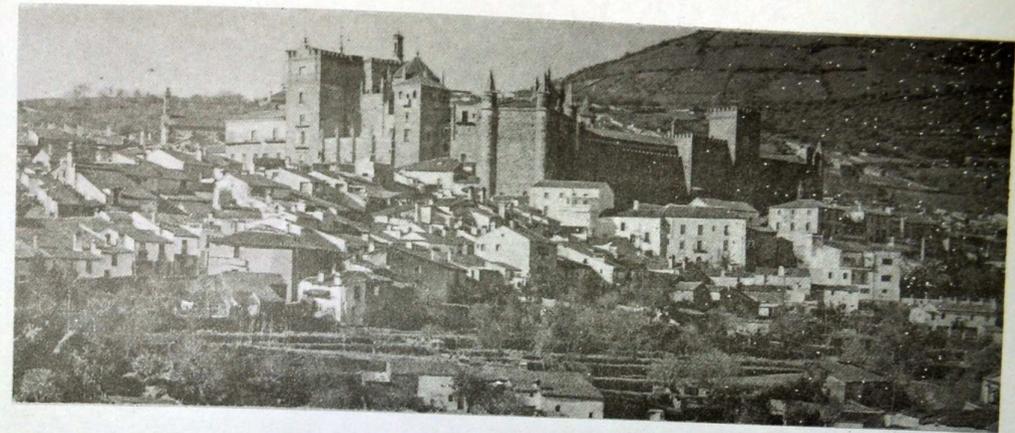
Se llega a Guadalupe por una carretera serpenteante, en medio de un paisaje bravo y sobrecogedor que nos empequeñece; camino iniciático, remedo del laberinto de tantas catedrales góticas y de repente, la luz y el Monasterio aparecen y se apaciguan nuestros temores.

Immensa mole arquitectónica, sin embargo, quizá por lo apuntado de sus archivoltas o por el rosetón festoneado y las torrecillas angulares de vidriados chapiteles, hacen grácil, la

pesada fábrica de este monasterio fortaleza, levantado en el siglo XVI para dar acomodo a la Virgen con más arraigo popular en España y América.

La Virgen negra de Guadalupe, cuenta la leyenda, fue tallada —como todas las vírgenes negras medievales— por San Lucas; escondida por manos piadosas para librarla de los gentiles, se le aparece a un humilde vaquero cacereño, vecino de la calle Caleros. Dicen que fue ella la que ganó la batalla del Salado y que Alfonso XI, agradecido, la dotó de este templo alcázar, donde la solidez del gótico se aúna con la sensual filigrana mudéjar.

Aquí, en este rincón casi olvidado de la geografía cacereña, vinieron a pedir o dar gracias las



más conspicuas figuras de nuestra historia: Alfonso XI, los Trastámaras, Colón, el Gran Capitán, don Juan de Austria, Hernán Cortés, el rey Don Sebastián de Portugal, Felipe II, Cervantes y tantos otros que con dádivas y donaciones hicieron que Guadalupe alcanzase un esplendor inigualado. Es por esto por lo que el Monasterio atesora entre sus muros insólitas realizaciones artísticas capaces de satisfacer los más exigentes paladares turísticos.

La sacristía guadalupense atrae nuestra atención. Es un dechado de exquisita decoración. Refulgen los oros en bellas y armoniosas composiciones y todas las gamas se disponen para resaltar los serenos lienzos de Zurbarán, porque aquí se encuentra la mejor colección del pintor de Fuente de Cantos.

Arriba, en el camarín de la Virgen, otra buena muestra pictórica: los cuadros de Lucas Jordán adornan los entrepaños de este recinto majestuoso, entre brillantes jaspes y las inquietantes esculturas de las bíblicas mujeres fuertes, esculpidas por Luisa Roldán, "La Roldana".

Encanto ancestral tienen sus claustros, por lo conseguido de su arte y la serena paz que se respira en ellos. Así es, lo mismo en el claustro gótico mudéjar, con su templete de refinada ornamentación de azulejos coloreados, como en el gótico de flamígeras tracerías. En la igle-

opinión

TURISMO Y RELIGIOSIDAD

J.L. MAJADA

¿Y por qué no hablar de un turismo religioso en Cáceres? ¿Y por qué no pensar en el turista creyente? Lo frecuente en este tema son los lamentos por los estragos que una masa amorfa de turistas infiere con su frivolidad a manifestaciones de la religiosidad colectiva en tal o cual fiesta, en tal o cual procesión. Pero también existe el turista creyente, que no asiste como espectador al espectáculo, sino que se integra con respeto y con fe en la piedad colectivamente manifestada de éste o de aquel lugar y participa en ella.

Nunca olvidaré la resistencia que un "empalao" de Valverde de la Vera ofrecía a su propia publicidad en una entrevista que le hacía un locutor de TVE. El buen hombre le enseñó al locutor que la religiosidad no es un espectáculo turístico y comercial, manipulado por las gigantes fuerzas de los medios de comunicación moderna: su gesto, sus motivaciones, sus sentimientos eran "suyos" y temía el buen hombre que airear alto tan personal viciase de raíz la intimidad de su devoción y de su promesa. El buen hombre se quejaba de tanto coche, de tanto forastero, de tanta bulla como invadía su pueblo en la noche del Jueves Santo. Desde entonces creí en los "empalao" y crecieron mis deseos de conocer sus ritos, sus pasos y su religiosidad. Aún no he podido realizar este deseo, pero sé que el año que yo vaya acompañaré como penitente interior, no lo presenciaré como un extravertido turista.

Guadalupe, en las fiestas del 8 de septiembre, ofrece una ocasión de devoción mariana muy seria y de mucho cuidado: Aún existe el fenómeno de las peregrinaciones andantes y bien nutridas. 40, 70, 100 kilómetros a golpe de calcetín por el norte y desde Navalmorale y la Vera; por el oeste y desde Zorita y Logrosán; por el sur desde Villanueva y Don Benito y por el este desde tierras y pueblos de Toledo.

Yo experimenté en el año 1977 la ruta norte desde Peraleda de la Mata: 70 kilómetros en dos jornadas, a la hora de la fresca, bañándome en el Ibor cuando el calor. En el camino conocí jóvenes de la Vera peregrinos andantes a Guadalupe. Nunca olvidaré la emoción de la llegada, la hospitalidad de las Damas de Guadalupe, la afluencia, la convergencia de cientos y cientos de personas caminantes como yo por unas y otras rutas. Niños, muchachos, jóvenes, personas mayores, casi ancia-

nos.

Las peregrinaciones medievales son un antecedente del fenómeno turístico como fenómeno de masas y Guadalupe conserva actitudes y detalles de la más exquisita hospitalidad. Guadalupe hostel, hospital, hospedería de peregrinos. Desde el pedúlvio con agua salada y cama y fonda que desinteresadamente recibí en Bohonal de Ibor, casa del señor don Tomás González de Orellana y su esposa Teodora. Vencida la desconfianza de los momentos iniciales, me sentí querido, mimado, favorecido por el mero hecho de ser peregrino andante de Guadalupe. Ellos saben que nunca lo olvido.

Te velan por el camino, mochila y gorra, y te preguntaban por tus motivaciones más íntimas: ¿Qué le ha pasado a usted? ¿Cuál ha sido su promesa?

— Va usted muy escotero...

Yo entendí: Va usted con mucho calor, desabrochada la camisa, escotado. Pero una legua más adelante alguien volvió a decirme lo mismo:

— Va usted muy escotero...

Varias veces oí la misma palabra y me pico la duda de si aquello era un elogio o un reproche. ¿Iba yo furtivo, como un ladrón? ¿Iba yo raudo, como un atleta olímpico? ¿Cómo iba yo al ir tan escotero?

En Castañar de Ibor, hospedado en casa de Juan Fuentes, un albardero de los pocos que quedan, con una familiaridad doblemente agraciada por ser yo un extraño, Juan Fuentes y su esposa Amparo me explican la palabra:

— "Escotero" quiere decir que va usted sin bestia
— Que va usted solo y andando, sin caballería.

"Escotero" por lo que veo es casi sinónimo de "peatón" en un tiempo en el que la sociedad aún no estaba motorizada. Los peregrinos medievales iban a Guadalupe por todos estos andurriales, tan escoteros como yo.

Ya en la puebla, te instalas como puedes porque todo Guadalupe, en la noche del 7 al 8 de septiembre, es una hospedería. Te duchas, te aseas y te sientas en una cafetería de la plaza a beber un refresco con una gota estimulante de ginebra. Y ves llegar a gentes y gentes, derrenegados, polvorientos, sudados, la barba crecida. Todos van al santuario,



sia, y en su interior, todo lo que se pida: sillería de nogal de Alejandro Carnicero, la altiva reja, el retablo esculpido por Giraldo de Merlo y el hijo del Greco, pinturas de Carducho y de Caxes...

Los sepulcros, admirables, el de los Velascos, de Anequín Egas, con el tiempo gótico detenido en rostros, ropajes y actitudes del conmovido grupo. También los de Enrique IV de Castilla y su madre María de Aragón; sus momias reposan en la cripta y casi nadie sabe que por puro azar se descubrieron en el año 1.947. Otro sepulcro: con figuras de madera dorada: el del príncipe Dionisio de Portugal, el hijo de la desventurada Inés de Castro y de don Pedro de Portugal...

Algunas cosas más de Guadalupe —todo es imposible—: Taller de ricos paños de hilos de oro y plata con engarces de piedras preciosas, los libros corales de mejor iluminación que se conocen: El primer libro extremeño salió de sus prensas y las iniciales disecciones anatómicas sobre cadáveres se practicaron en su escuela de Medicina.

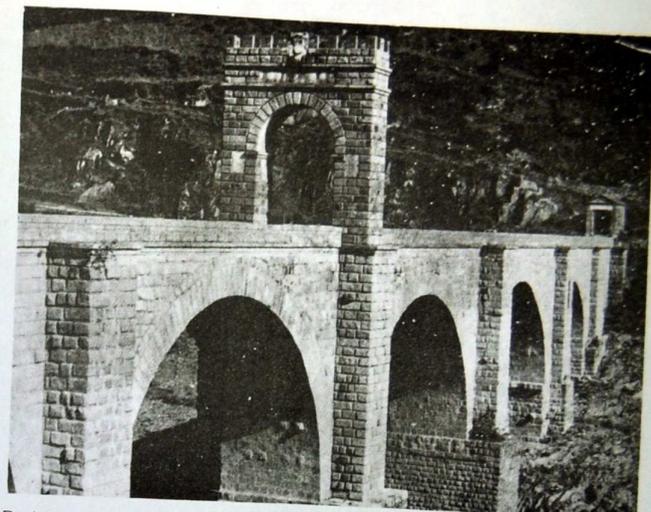
Guadalupe, otra razón turística cacereña, que no defraudará a ningún visitante.

ALCANTARA

Allí, en el confín occidental, donde el Tajo se incrusta en Portugal, la villa de Alcántara se adormece. Tuvo gran importancia, en el pasado. Aquí se fundó la Orden Militar de Alcántara, la de los caballeros de la cruz verde flordelisada. Es la patria chica de San Pedro de Alcántara, confesor de Santa Teresa y ejemplo de virtudes.

Del pasado esplendor de la villa alcantarina le quedan restos de la muralla y castillo; una iglesia, Santa María de Almocóvar, de romántica fachada; laudes sepulcrales, el soberbio sepulcro de alabastro del comendador Bravo de Jerez y unas tablas de Luis Morales.

A pocos pasos, el conventual de San Benito, casa matriz de la Orden de Alcántara, monumento arquitectónico de buena clase. Lo hizo, y bien que se nota,



Pedro de Ibarra, uno de los mejores arquitectos del renacimiento español. Algo maltratada su fábrica, conserva las esbeltas naves de adornos platerescos

y sus bóvedas de crucería festoneada.

Y no muy lejos de la villa y sobre el río Tajo, el puente de Alcántara, otra poderosa razón turística cacereña. El puente, obra pública romana con veinte siglos de buena función, se presenta a nuestros ojos como una de las más acabadas muestras del arte de Roma en nuestra patria. Seis arcos y cinco pilares sobre el río español más indomable. Desde lejos brillan sus sillares graníticos, ajustados, de perfecta alineación en sus perfiles.

Pero el puente de Alcántara hay que verlo desde cerca, si no la vista nos causará malas pasadas porque el ojo no puede con su gigantesca perspectiva. Bajemos el ribero, encrespado y pizarroso, y abajo, con el río pegado a nuestros pies, admiremos los sillares de granitos, ciclópeos —tres filas, la altura de un hombre— y debajo de uno de sus arcos miremos hacia arriba, al intradós del arco de medio punto. Es como una bóveda de cañón catedralicia.

El río por aquí es angosto, su cauce de turbión, con trece metros de profundidad, y toda su fuerza no ha podido ni en sus furiosas crecidas doblegar a este gigante tan majestuoso como las montañas que le sirven de estribos. Tiene 71 metros de altu-

a la Virgen, lo primero. Por el arte con que suben la gran escalinata ves la dosis de cansancio y de fatiga que traen en sus cuerpos.

Por la noche, el Monasterio no cierra. Claustros, dependencias e incluso el mismo templo sirve de hostel, de hospital, de hospedería —repite la idea por enfatizarla—. Las gentes duermen en el suelo, en los bancos. Hay un novicio que ofrece agua fresca en un botijo de barro. ¡Dios, qué gracia: un fraile con un botijo así! ¿Y por qué hemos perdido el gusto de estas cosas tan sencillas, tan fraternas, tan franciscanas? ¿Es que la hospitalidad no es acaso una de las más antiguas y bíblicas versiones de la caridad y de la fe? "Muchos, sin ellos saberlo, hospedarán ángeles", que dice el libro de Tobias.

Aquella noche dormí, me dormí delante de la Virgen de Guadalupe, como tantos peregrinos andantes. También a las madres les gusta ver dormir a sus hijos, comentaba Teresa Lisieux cuando, a la hora difícil de maitines, no podría resistir el sueño en el coro de su convento carmelitano.

Aquella noche hice un propósito que aún no he cumplido y voy a cumplir ahora: Pedir a los obispos cacereños una guía para este turismo religioso, para que conozcamos y vivamos esos tesoros de fe popular, todavía vírgenes. Claro que si las avalanchas amorfas y frívolas van a asfixiar la fe de nuestros "empalao" y de nuestros peregrinos andantes, mejor es que la desconozcan. Retiro mi ruego y mi pregunta.

En aquel duermevela delante de nuestra Virgen morena, oí algo muy antiguo y ancestral, un girón de nuestro folklore que me devolvía a la vivencia de mis reflexiones anteriores sobre el turismo antiguo de los romeros a Guadalupe:

Virgen de Guadalupe
dame la mano
para subir la cuesta
de Puertollano

